

**Homilía para el Quinto Domingo de  
Pascua “C”  
19 Mayo 2019**

Lectura: Ap. 21,1-5a  
Evangelio: Jn 13,31-33a.34-35  
Autor: P. Heribert Graab S.J.

Las Lecturas escriturísticas del tiempo pascual nos ponen ante la vista, lo mucho que la Resurrección de Jesús ha ampliado nuestro horizonte:

Las Lecturas de Hechos de los Apóstoles nos muestran cómo del pequeño núcleo de los discípulos de Jesús muy rápidamente surge la Iglesia universal de Jesucristo, que desborda ampliamente a Jerusalem y Judá y abarca de igual forma a judíos y paganos y, en general, a personas de todas regiones, pueblos y culturas.

La Lectura de hoy del Apocalipsis de Juan, deja claro la impresionante meta, es decir, lo que hace irreversible este proceso de desarrollo post-pascual: la consumación del Reino de Dios prometido, la nueva Creación y sobre todo la renovación del ser humano.

Esta nueva realidad regalada por Dios, está totalmente marcada por la Pascua: Dios limpiará las lágrimas de los ojos de los seres humanos.

“La muerte no será ya más tristeza, lamento ni agobio. Pues lo antiguo ha pasado.”  
Pues “ved, Yo lo hago todo nuevo”.

El principio de vida y crecimiento de este futuro prometido y que ya despunta

lo deja a nuestro cuidado, por así decirlo,  
como el último legado de Su vida terrenal  
en el Evangelio de este quinto domingo de Pascua:  
“¡Amaos los unos a los otros!  
¡Como yo os he amado, amaos también vosotros!”

Con la formulación preliminar  
“os doy un mandamiento nuevo,  
más de uno puede tropezar en primer lugar.  
Pero naturalmente nadie sabe mejor que Jesús  
que no se puede ordenar amar  
y tampoco dar ningún mandamiento sobre esto.  
Pero ¿cómo puede en nuestro mundo vacío de amor,  
de lo que también está impregnado nuestro lenguaje,  
formular esto de forma diferente, breve y pegadiza?  
Así resuelve Él la oposición interior a esta  
formulación que remite al móvil más íntimo  
de Su exigencia:  
Su propio amor ejemplo de donación,  
que experimentamos en Su Pasión y Resurrección-  
Su propio Amor debe movernos al amor mutuo  
y a fortalecernos en él continuamente de nuevo.

Un escrito más tardío de Nuevo Testamento,  
la Primera Carta de Juan, aclara esta motivación  
auténtica de nuestro amor de forma más  
impresionante aún.  
En ella se dice:  
“El amor no consiste en que nosotros hemos amado  
a Dios,  
sino que Él nos ha amado  
y nos ha entregado a Su Hijo por nosotros.”  
(1Jn 4,10)

Nosotros no podemos amar como Jesús,  
si Él no nos ama primero,  
si Él, por tanto, no nos anticipa Su amor,  
si Él no nos introduce en sí por medio de Su amor y  
si Él, de este modo, no nos transformara  
y así incluso finalmente nos podremos convertirnos  
en personas amorosas.

Su Amor, como expone Pablo en la Epístola a los Romanos, ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, saliendo y enviado por Él. Su don amoroso es la fuente de la fuerza, que nos ayuda a superar todo nuestro egoísmo y a abrir nuestro corazón al prójimo. Por tanto se trata sencillamente de dejar fluir esta fuente en nosotros.

Continuamente he hablado de esto aquí, de que el Sermón de la Montaña de Jesús es, por así decirlo, la “ley fundamental” de la nueva realidad de Dios.

Intenten comprender mejor lo que significa concretamente el amor como principio de vida y de crecimiento de esta nueva Creación, concretando ustedes, en cuanto a su contenido, el llamado “mandamiento del amor” mediante el Sermón de la Montaña.

Déjense, en el transcurso de la semana, estimular con toda tranquilidad por el Sermón de la Montaña (Mt 5 hasta 7) y leerlo y meditarlo con esta consideración.

Yo mismo quisiera con el ejemplo de las ocho Bienaventuranzas con las que comienza el Sermón de la montaña, aclarar un poco esto:

Bienaventurados, los que son pobres...

Bienaventurados, por tanto, los que no se agarran al dinero y a la riqueza material, sino que abren su corazón a los seres humanos.

Bienaventurados, los afligidos...

Bienaventurados, por tanto, los que se abren a la necesidad de nuestro alrededor y se dejan mover por una compasión ayudadora.

Bienaventurados, los que no usan la violencia...

Bienaventurados, por tanto, los que en las relaciones mutuas y sobre todo en conflictos renuncian a actitudes defensivas y rearmes verbales, sino que actúan en el amplio sentido de la no violencia, por

tanto, resuelven los problemas escuchando atentamente, dispuestos al compromiso y al diálogo.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...

Bienaventurados, por tanto, los que no se conforman con ser justos conforme a la ley, sino que intentan seriamente en el sentido de Jesús, fundir en una unidad justicia, amor, bondad y misericordia.

Bienaventurados, los que tienen un corazón puro...

El Salmo 24 lo expresa así:

Bienaventurado “el hombre que tiene manos inocentes y un corazón puro, el que no engaña ni comete perjurio.”

Bienaventurados, los que restablecen la paz...

Bienaventurados por tanto, los que no sólo hablan de la paz y no sólo rezan por ella, sino bienaventurados los que se comprometen por la paz, los que, por tanto, se remangan y también se ensucian las manos en el servicio por la paz, por tanto, en un servicio amoroso al ser humano!

Finalmente bienaventurados, los que son perseguidos por el amor a la justicia

Bienaventurados por tanto, los que –como el propio Jesús- están dónde son convincentes en lo que creen y esperan y los que ‘cuando’ tiene que ser, también dan la cara y se conforman con los inconvenientes.

¡Pues no hay nada mejor que el amor!

Y cada compromiso dudoso no sólo nos atrasa a nosotros mismos sino que también atrasa el crecimiento del Reino de Dios en este mundo.

Amén

[www.heribert-graab.de](http://www.heribert-graab.de)

[www.vacarparacon-siderar.es](http://www.vacarparacon-siderar.es)